

clutas", me dirá uno de ellos, con experiencia de haber sido llevado a Pan de Azúcar reclutado. Aquí algunos jóvenes entre la esperanza de que los soltarían, entre la angustia de que pasaban los días... les confesaban a los más cercanos: "prefiero que me maten".

Mientras, la familia ha respirado tranquila. Ahora viene la descarga, las preguntas, los regañones o el silencio indicativo de que algo no estuvo bien. Se multiplican las noticias, aumenta el número de muertos. Los familiares de Nuria han sido liberados. Los hermanos llenos de "moraos" por los golpes. Con el padrastro se ensañaron tanto que está orinando sangre. Le golpearon en los riñones y el costado, en la cara, en las piernas, en todo el cuerpo y... ¿por qué? ¡Fue todo tan rápido!. Entró la Guardia a su rancho, los encontró reunidos al padre con los hijos, y los acusó de saqueadores, atracadores, ladrones... No hubo tiempo para la respuesta. Ahí mismo llegaron los primeros golpes mientras que se los llevaban detenidos. Al día siguiente saldrían los dos jóvenes, después de haber limpiado las botas y zapatos de todos los militares del regimiento. Fueron golpeados, fueron injuriados y humillados. Los muchachos son estudiantes de 8º grado, apenas si tienen 16 años. El papá quedará detenido, será robado por los mismos guardias y va a necesitar una cura médica. Me dicen que está lleno de rabia y coraje, que quiere denunciar, protes-

tar, pero denunciar ¿a quién?; protestar, ¿ante quién? (Están suspendidas las garantías constitucionales).

Externamente todo va volviendo a la normalidad. Pero el país, la gente, la vida, ya no es lo mismo. La revuelta del 27 de Febrero ha cambiado muchas cosas. ¿Será verdad que han lanzado cadáveres al Guaire? Vecinos del edificio Ararat nos confesaron que ellos vieron cómo en la Prefectura morían personas a consecuencia de los golpes, de los disparos y que los llevaban al Guaire. Allá los tiraban. La misma versión que nos ha llegado por un conocido funcionario policial: "Estábamos como borrachos y no sabíamos qué hacer con tantos muertos. Al Guaire con ellos". Y en la calle Agricultura, cerca de la Redoma de Petare, "no se podía pasar de todos los muertos que había por la vía".

No han sido devueltas las garantías. Vamos tomando nota, anotamos y sabemos que es obligación nuestra narrar lo que hemos visto y vivido. Es un deber sagrado presentar los acontecimientos para que sean leídos desde sus entrañas. La comunidad de Jesuitas de la Vega. Luis Ugalde, Jean Pierre Wyssenbach, Javier Duplá y dos seminaristas han sido detenidos. Su casa fue allanada. Iban buscando armas y una imprenta clandestina. A las 12 de la noche, llevados al Paraíso y a la DIM, Boleíta. Con la policía política-militar. "U-nos peligrosos subversivos". El pueblo de La Vega, el barrio, los hermanos jesuitas

—todos como una peña— los amigos, desde Petare, de todos los que nos sentimos compañeros y hermanos de camino, enseguida nos hicimos presentes enviando nuestra solidaridad y nuestra fe en estos hermanos, calumniados y perseguidos. Se nos dice de varias fuentes que nos cuidemos. Personalmente hablé por Radio Fe y Alegría en el momento que tenía delante de mí dos cadáveres, asesinados por las balas de los militares. Ahora hemos de ir recogiendo tantos destrozos, sin olvidar resaltar y valorar las manifestaciones de fuerza popular, de voz de Dios, de testimonio de vida que a lo largo de estos días el pueblo ha hecho sentir.

Se está recogiendo una plata entre los vecinos del barrio para hacer una misa por los caídos, especialmente por los muertos en el "cañaote" que sube a Mesuca, porque allí hay todavía abaleados que no se recogieron, y sus ánimas están en pena. En las noches se han aparecido a algunos vecinos. En la torre de la iglesia, junto a la cruz, once impactos de FAL. Testigos mudos de la muerte que nos rondó.

**En las dudas de lo dialéctico,
en la confianza de estar con el pueblo,
de vivir los momentos decisivos
de este nuevo pueblo,
en la seguridad de que el Señor
se ha manifestado en La Revuelta,
seguimos en camino
y en búsqueda.**

Una enfermera en el Hospital Pérez de León

Lupe Lecumberri

28 de Febrero. Voy a mi trabajo. En el corto trayecto recorrido caminando siento algo extraño. Mucha gente caminando, sucias las calles. ¿No habrá transporte? ¿Algún problema con el pasaje? Pues el día anterior se rumoraba que lo habían aumentado en forma exagerada.

Son las 6.30 a.m. cuando llego a mi trabajo. Se comenta el largo trabajo que el personal médico y paramédico han tenido toda la noche. Termina una operación y había que comenzar la siguiente. Ocupo mi puesto de trabajo y las sirenas de ambulancia las oímos insistentemente. Alarman. La curiosidad no se hace esperar. Llega un herido muy grave. Heridos de bala. Petra, la compañera es quien recoge la ropa llorando desconsolada porque el herido es el hijo de Juana, la vecina. "Es el hijo de mi compañera", exclama llorando.

Las horas siguientes: ambulancias, camionetas, heridos, graves y muy graves. Es el parte. Todos, todos coinciden: Una bala en la cabeza o el pecho.

Los médicos, enfermeras, auxiliares... no nos damos abasto. No vemos el fin del trabajo porque siguen llegando heridos. Carmen estaba en su casa, en el barrio San José de la Urbi-

na, allí le llegó la bala que la hirió de muerte. Sus dos hijos la han traído al Hospital. Ha muerto su madre. La rabia y el llanto se mezclan en la acusación de "un gobierno que mató a su madre".

Van llegando los grupos de ayuda: Defensa Civil, Bomberos... van en ayuda ante tanta emergencia. También llegó un camión de colchonetas. No son suficientes las que tiene el Hospital para tantos heridos. Una vez más el Hospital "Pérez de León" está siendo la respuesta a la problemática petareña.

Continúa el día. Ha llegado la tarde y la noche y los heridos y muertos nos van "invadiendo". A esas horas nadie puede descansar, ni comer. Es trabajo de extrema emergencia. El camillero, el mecánico, cualquier persona, todos ayudan a tener el frasco de suero, a llevar al herido a Rayos X, a esperar la cola a otro servicio, todo el personal siente que tiene que ayudar. Hoy nadie se resiste. Hay que atender a los heridos de bala, a los que están muriendo. Y no hay que olvidar a los familiares que sufren crisis nerviosas, que impotentes ven cómo a su gente les ha llegado la muerte, de la manera más incomprensible.